

Tragicomedia de un hombre sin espíritu

Francisco Ayala

Prólogo de
Domingo Ródenas de Moya

Fundación Francisco Ayala
Editorial Universidad de Granada

2025

I. Donde el autor recibe una carta, encuentra un manuscrito y comienza una novela

Unos golpes discretos dados con los nudillos en la puerta de mi alcoba me sacaron del sueño. Y una mano humilde y silenciosa puso en las mías una carta que había llegado por el correo interior. Como la luz era exigua mandé abrir el balcón; un rayo de sol irrumpió en la habitación llegando hasta la cama y dejándome deslumbrado durante unos segundos...

Cuando logré vencer la pereza y terminé de despertarme me incorporé, rompí el sobre y pasé, rápidamente, la vista por unos renglones desiguales y torcidos.

La carta era de Miguel Castillejo, un conocido mío a quien no sé si darle el título de amigo, pues mi relación con él fue siempre bastante superficial.

Castillejo me anunciaba un viaje, un largo viaje que había emprendido, y del cual, según decía, era posible que jamás retornara; y al mismo tiempo me rogaba, con mucha insistencia, que aquel día, a las doce en punto, fuese a su casa, pidiese a la portera la llave de su cuarto, y después de esperar a un otro amigo suyo que también había de acudir, entrara con él, y ambos, de común acuerdo, escogiéramos, entre los objetos de su uso, aquellos que nos fueran útiles, «pues yo» decía, «nada necesito ni quiero ni me interesa. Confío en que hará cuanto pueda por complacerme».

Vacilando entre atribuir la causa de la misiva al capricho de un loco —pues Castillejo, por su desgracia, sufría esta enfermedad— o a un motivo serio, cuya existencia le hubiera llevado a tomar tan imprevista determinación, opté por acudir al lugar que me indicaba, pensando en que saldría de dudas.

Me vestí, anduve por la casa en espera de que fuese hora, y cuando calculé que el tiempo que faltaba para las doce era el preciso para recorrer la distancia que separaba mi casa de la suya, me lancé a la calle.

Confieso que no iba muy tranquilo. ¡La carta era tan vaga, tan inexpresiva! Por otra parte, la perturbación mental que Miguel sufría daba motivo para suponer cualquier cosa, y yo —¡qué tontería!— tenía metido en la cabeza que al abrir la puerta de su cuarto le había de encontrar colgado de una viga.

La perspectiva no era muy halagüeña, a la verdad, y cualquiera que se ponga en mi caso hallará justificada mi violencia, mi zozobra y mi desgana.

Tan grande era esta que dos veces durante el camino tuve el propósito de volver sobre mis pasos; pero dos veces lo abandoné, pensando: «Nunca se debe retroceder».

Preocupado y de mal humor llegué al portal de la casa de Miguel Castillejo, y vi allí a un hombre que estaba hablando con la portera.

Sospechando que fuera el amigo a que se refería la carta, me aproximé y pregunté por el señor Castillejo.

—¡Aquí vive! —me respondió la portera. Y, dirigiéndose al otro, añadió—: Este será el señor que faltaba.

—¡Será! —contestó él mirándome fríamente.

Entonces yo le hice un saludo, cambiamos unas explicaciones, y oímos, de boca de la mujer, la noticia de que Miguel salió la noche antes, le entregó la llave y le dijo que se la diese a dos caballeros que a la hora del mediodía vendrían a buscarla. Pero a los dos; no a uno solo.

Miré con curiosidad a mi desconocido compañero y noté que sus facciones me eran, si no familiares, tampoco extrañas por completo. Yo había visto a aquel hombre antes de esta ocasión. ¿En compañía de Miguel? No era imposible.

Tratamos de ponernos de acuerdo. Él, lo mismo que yo, había recibido una carta parecida a la mía. Me la enseñó: estaba redactada casi en los mismos términos.

—Yo acabo de llegar... Acaso se trate de una broma de Miguel —aventuró.

—¡Hum! ¡Lo dudo!

—Veamos, pues.

—¿Subimos?

—Me parece lo más indicado.

Tomó la llave y comenzó a subir las escaleras. Yo iba detrás y pude observarle con toda impunidad. Era ancho, fuerte, maduro, ni alto ni bajo. Vestía de negro, y su ropa estaba en mediano uso. Ningún detalle me hizo presumir cuál fuera su profesión; su porte era decidido y audaz.

Mientras ascendíamos no cruzamos la palabra.

Miguel vivía en el último piso; cuando llegó a él, mi compañero se detuvo, un poco indeciso. El descansillo era alargado; en cada extremo había una puerta con su llamador, y en el centro otra, sin pintar y más pequeña, que sería la de la azotea.

—¿Derecha?, ¿izquierda? —murmuró el hombre, dubitativo.

—Creo que es izquierda —respondí.

Entonces él metió la llave en la cerradura de la puerta indicada y la hizo girar, dándole dos vueltas. Empujó levemente, y cedió. Ante nosotros se extendía un oscuro pasillo. Nos miramos vacilantes: ser precavidos no es ser cobardes. Nos miramos, sonreímos con una sonrisa forzada, y mi compañero penetró, con resolución, seguido por mí. Un gato huyó al ruido de nuestros pasos, produciéndonos un pequeño sobresalto...

Pronto nos hallamos sentados, frente a frente, en una habitación reducida, junto a una mesita. Una ventana, abierta al patio, iluminaba la estancia.

—¡Qué extraño es todo esto! —exclamé, girando una mirada a mi alrededor.

—Todo: la casa, las cartas, la situación...

—La situación ante todo. Yo estoy desorientado; no sé qué hacer...

—Lo primero, darnos a conocer un poco: me llamo Alberto Durán; gano el sustento con el oficio de tallista; mi amistad con Miguel es muy superficial; tanto, que esta carta ha sido para mí una sorpresa...

—Igual me ocurre a mí. Tampoco presumía que pudiera meterme en este negocio...

Luego le di somera cuenta de las circunstancias de mi vida.

—¿Y qué le parece a usted que se debe hacer? —me preguntó—. Porque los hechos son que un individuo enfermo ha desaparecido de su domicilio y ha encargado a unos conocidos suyos de recoger los objetos de su propiedad; que ese individuo ha dado repetidas muestras de haber perdido la razón; que sus señas son inconfundibles...

—¿Dar parte a la autoridad?

—No seré yo quien lo haga.

—Tampoco yo me atrevo. Con la justicia...

—Entonces...

—Entonces...

—¿Qué le parecería hacer una inspección para ver si encontramos algo de interés, y luego marcharnos como si tal cosa?

—Me parece acertado.

—¡Pues vamos! —dijo Durán, levantándose de su asiento.

Dirigimos una mirada en torno. Colgados de la pared había muchos periódicos de todas clases; en un rincón un estante abarrotado de libros; sobre un pequeño trincherero dos esferas armilares y un retrato

de Joaquín Costa; en un cajoncito que tenía la mesa encontramos un tintero y dos plumas, además de muchas cuartillas escritas y separadas en diversos grupos; un quinqué, una botella lacrada, unas gafas...

—¡Qué raro era nuestro amigo! —observé.

Sin darme cuenta hablaba de Miguel en pretérito, como de un muerto. Y en verdad que aquel registro tenía un algo de póstumo.

—Muy raro, ¡pobrecito! Bajo su misantropía se escondía un espíritu virgen lleno de fragancias infantiles. Creía saber mucho de la vida... y acaso supo demasiado, pasándose del justo medio.

—¡Infeliz! Es que el carácter, producto del ambiente, es una especie de fatalidad. ¿Quién sabe qué otra hubiera sido su suerte si en lugar de ser jorobado hubiera sido erecto?

—¿Quién sabe qué otra? ¡Bien dicho! Porque yo no apostaría nada a que esa otra fuera mejor. Tal vez Castillejo hubiera sido solamente: de niño, un niño juguetón, travieso; de joven, un joven frívolo; y de hombre, un hombre honrado, que es lo más insignificante que se puede ser: honrado y nada más.

—¡Es verdad! —asentí—. De esta manera su vida se ha podido diferenciar de las otras vidas. Pero es una vida tan absurda que..., ¡no sé cómo expresarme!..., llega a lindar con lo disparatado.

Hice una pausa y añadí:

—¿Usted cree que vale algo su vida?

—¿Pues no he de creerlo? Todo lo espontáneo y cordial tiene su valor. Todo lo que se hace poniendo en ello el alma, tiene su valor. Si luego un hijo sale feo, ¿qué culpa tiene el padre?... Créame: no hay dolor comparable al del padre de un hijo feo. Miguel no tiene la culpa de que su vida, que es su obra, sea absurda, desagradable y disparatada. Bastante desgracia tiene con ello.

—Él hizo lo que pudo. Él puso su esfuerzo en hacer lo mejor. Vivió con toda espontaneidad; fue audaz e ingenuo, imprevisor y ambicioso, ¡prendas todas de juventud! Pero nada granado y en

sazón se puede hacer sin siquiera haber trazado previamente las directrices y los ejes; sin un plan –que se pueda modificar, pero no alterar–, no hay obra alguna.

–La vida de cada uno es su obra maestra; su obra, por antonomasia.

–Él vivió como un niño, sin pensar en el día siguiente. Fue un escultor que al terminar una estatua de Venus se retira para contemplarla en conjunto y ve que ha hecho un monstruo, un monstruo con algunas bellezas, desde luego... ¡Qué amargas las lágrimas que vierta sobre este hijo fracasado!

–¿Por qué fracasado? ¡Tampoco! Lo feo también tiene su encanto. Además, supuesto que la vida debe ser para quien la vive, él construyó la suya como le fue más agradable. Y aquí volvemos a lo de antes: ¿hubiera valido más siendo la de un hombre vulgar?...

–¡Qué sé yo! ¡Pero está usted seguro de que no lo haya sido?

–Eso me parece. Su figura contrahecha le hizo retraído y huraño; sufrió... El dolor, señor mío, hace que el pensamiento se refugie en el recinto de sí mismo, y enamorado de su grandeza olvide las ingratas impresiones de fuera, cultive las ideas y ennoblezca al individuo que, por fin, se entrega por entero al placer de pensar, que es, a mi juicio, el placer de los placeres. De este modo fue, a causa de su corcova, distinto de los demás, no solo física sino también moralmente.

Miré con no poca extrañeza al hombre que así hablaba, y él sonrió, conociendo mi sorpresa. No se inmutó; lo que hizo fue satisfacer mi curiosidad –a medias– con estas reflexiones:

–A veces uno gusta de cosas superiores a lo que son sus tareas cotidianas. Lo que ocurre es que el estómago tiene sus fueros; el estómago es un tirano. ¡Mueran los tiranos! ¡Muera el estómago!

Comenzó a reírse, y luego continuó:

–El gran Belarmino, zapatero y pensador, encierra el drama de mucha gente, ¡de mucha!

–¿Quizá también el de Castillejo?

—¿Por qué no? Miguel vivía, a lo que presumo, un intenso drama en que él solo era protagonista y espectador. ¡Más espectador que protagonista! ¡Casi por entero espectador!

—Esa es la tendencia natural.

—¡Al contrario! La tendencia natural es ser actor. Vea usted esas gentes que no van a los dramas porque el teatro —dicen ellas— se hizo para reír y no para llorar (en realidad porque les da vergüenza de que les vean las lágrimas): es que no saben ser espectadores; que no saben apreciar el valor estético de la obra, y se meten en ella, sufriendola en realidad; siendo protagonistas. Miguel, si no me equivoco, hacía lo contrario; se salía de su drama íntimo y gozaba de él con sentimiento estético: de este modo lo convertía en una pieza de teatro.

—Lo cierto es que fue un desgraciado. Se hacía cargo rápidamente, con una aguda perspicacia, del contenido de palabras y gestos..., aun en su imaginación los recargaba; la suspicacia le aisló del mundo —contesté yo, examinando las cuartillas que había en el cajón de la mesa—. Los hombres somos así... La naturaleza, la sociedad, nuestras propias pasiones, apetencias y necesidades... *Memorias de mi vida* —leí, sacando un cuaderno de cuartillas.

—¿Manuscrito?

—Manuscrito.

—Será curioso! —exclamó Durán, cogiéndolo de mis manos—. ¿Usted tiene interés?...

—¡Oh, sí! Sentiría perderlo. Sin embargo, usted lo lee primero, y luego me lo llevo yo en definitiva.

Del examen del cuaderno pasamos al de los otros papeles, que carecían de importancia, y de aquí al de los libros.

Nos aproximamos al estante y rebuscamos en aquellos empolvados volúmenes, para escoger algunos y salvarlos así de la catástrofe que se avecinaba.

Si regresaba alguna vez Castillejo, todo sería devolvérselos, pues no habíamos de aprovechar en eso su locura...

La mayor variedad de libros se encontraba allí. Advertíase, no obstante, cierta preferencia hacia los poetas románticos: Espronceda, el duque de Rivas, Zorrilla... Estaban varias de las más famosas obras de Ernesto Renán y de Nietzsche; figuraban, también, ocho tomos de *Episodios Nacionales*, un diccionario –que no era de la Academia, dato digno de tomarse en cuenta–, una Anatomía...

Tomé entre mis manos un volumen en que se contenían las rimas de Bécquer, y hojeándolo –como amigo que soy de leer cuanto encuentro–, vi que tenía unas glosas escritas al margen, de la misma letra que las *Memorias*, letra que evidentemente era la de Miguel.

–Anotaciones a la rima XI –exclamé.

–¿Sí? Lea, veamos qué dice.

Entonces yo, acercándome a la ventana, leí. Era una glosa apasionada, violenta, llena de mística tortura, que me hizo sonreír un poco. Cuando terminé cambiamos Durán y yo una mirada de inteligencia. Él, tras una pausa, comentó:

–¡Párrafo de exaltación lírica que demuestra cuán inocente es el fondo de nuestro amigo!

–Párrafo de generosidad adolescente, que contrasta mucho con su malicia campesina, con su sonrisa entre burlona y suspicaz.

–¡El fondo, el fondo!

–¿Pero el fondo existe?

–Más vale que abreviemos. Si a usted le parece bien, vamos a hacer un paquete con estos libros que hemos separado...

Lo hicimos, y cogiéndolo bajo el brazo, indiqué:

–¿Vamos?

–Antes deberíamos examinar detenidamente el resto de la casa.

–Tiene usted razón.